**FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN**

**Seminario Diocesano, 6 de diciembre de 2017**

“¡Qué bella eres amada mía, qué bella eres! ¡Toda bella eres, amiga mía, no hay defecto en ti!” (Ct 4, 7) Estas palabras del libro del Cantar de los cantares expresan el amor del Señor por su Pueblo. Son los sentimientos del esposo, sorprendido por la belleza de la esposa que se presenta ante él para unirse en alianza nupcial. Todo lo que ve en ella es perfecto, sublime y bello. No hay defecto ni en su cuerpo ni su espíritu. Esta visión idílica del esposo es consecuencia del amor que siente por su amada. El amor y la belleza siempre estarán íntimamente unidos.

Estas palabras se pueden aplicar también a la Virgen María. Ella es la criatura más bella de todas las criaturas humanas porque Dios la creó para sí sin defecto alguno. La creó perfecta, inmaculada, sin mancha ni pecado. Quiso el Señor que su madre en cuanto hombre fuera purísima y bella en el cuerpo y en el espíritu. La belleza de la Virgen que no conoció la fealdad del pecado es un signo privilegiado del amor de Dios nuestro Padre a toda la humanidad. María representa el comienzo del restablecimiento de la belleza de toda la creación que el pecado de Adán contaminó con su fealdad.

María es la princesa bellísima en la que Dios fijó su mirada para ser su madre. Ella es la que el Señor revistió con las perlas de su gracia y el brocado de su amor desde el momento de su concepción. Su belleza espiritual, reflejo de la belleza divina, atrae a todas las criaturas, especialmente a los hombres para que contemplen al más bello de los hombres, a Jesucristo, el Hijo de Dios vivo. Los atrae para que se dejen embellecer por la gracia de la redención con la que su Hijo Jesucristo abrió las puertas de la vida eterna, las puertas de un cielo nuevo y una tierra nueva.

San Juan de la Cruz expresó poéticamente la realidad de la belleza espiritual de la nueva creación que acontece como fruto del Misterio Pascual de Cristo y del cual la primera criatura beneficiada es María:

Mil gracias derramando/ pasó por estos sotos con presura/y yéndolos mirando,/ con sola su figura/ vestidos los dejó de hermosura.

El Pontificio Consejo para la Cultura publicó en el año 2006 un interesante documento sobre la *Via pulchritudinis* (La vía de la belleza) como camino privilegiado de evangelización y del diálogo. En dicho documento se afirma que: “La Inmaculada Concepción es la más perfecta ilustración de esta "obra de belleza" (de Dios). La Virgen María y los santos son reflejos luminosos y testigos atractivos de la belleza singular de Cristo, belleza del amor infinito de Dios que se da y se comunica a los hombres… La Inmaculada, la "toda hermosa" del Cantar de los Cantares es, según las palabras del arcángel en la mañana de la anunciación, "llena de gracia". Por medio de su *fiat*, la nueva Eva abre sin reserva la totalidad de su vida a la acción del Espíritu divino y por ello permite a su humanidad creada dar carne al Dios infinito, y una belleza indecible. La fiesta de la Inmaculada Concepción abre en los horizontes de nuestra condición humana a las esperanzas de la fe: la belleza a la cual somos llamados en la creación renovada por la gracia, anticipada por la madre de Dios, "*primer fruto de salvación y signo resplandeciente de humanidad renovada".* (Pontificio Consejo para la cultura, Documento final de la Asamblea plenaria del año 2006)

En esta fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María contemplemos la belleza espiritual de María, pues, al contemplarla, sentiremos en nuestro interior un deseo inmenso de buscar la suprema belleza que es Dios mismo reflejada en el rostro del Verbo encarnado y nacido del seno de la Virgen María. No sólo nos sentiremos atraídos por la belleza y santidad de María sino que nuestra vida cristiana será bella y atraerá a otros a la fe y a disfrutar de la belleza de la verdad. Sigue diciendo el Documento del Pontificio Consejo antes citado: “No se trata de una belleza exterior y superficial, pura fachada, sino de una belleza interior que se diseña bajo la acción del Espíritu Santo. Ella resplandece delante de los hombres: nadie puede esconder lo que forma parte esencial de su ser”.

Queridos seminaristas: En vuestra etapa de formación esforzaos por buscar la belleza espiritual contemplando el rostro de la Virgen Inmaculada, vuestra patrona. El mundo actual, lleno de confusión sobre el ser humano, sobre la convivencia social y sobre el abuso de la creación, necesita personas que le recuerden la belleza de la dignidad de la persona humana, creada por Dios como varón y mujer, la hermosura del amor al prójimo como fundamento de la convivencia y la urgencia del respeto a la creación, la casa común de todos.

Los sacerdotes tenemos la responsabilidad, junto con los demás cristianos, de recordar al mundo su belleza surgida de las manos del creador y redimida por la muerte y resurrección del Salvador. El Seminario tiene que ser una escuela de formación en la belleza espiritual que tiene su fundamento en la verdad y en el amor entregado de Cristo. No os dejéis llevar por el ambiente mundano de la cultura de la muerte que se refleja en lo feo y desagradable de muchas expresiones artísticas, musicales y culturales. No. Vosotros pertenecéis a Cristo y por Él y en Él a la cultura del amor y de la vida. Esforzaos por ser unas bellas personas.

Cuando nos encontramos con una persona buena, amable y sencilla decimos: ¡Es una bella persona! Porque la belleza y la bondad van siempre de la mano. El filósofo vienés Wittgenstein defendió en sus escritos que “ética y estética son lo mismo”, o literalmente “son Uno”. La contemplación de María en el misterio de su Inmaculada Concepción corrobora que la belleza y la hermosura de su alma es la fuente de todas sus virtudes y bondades porque en su alma está la fuente de la gracia que mana constantemente belleza y amor.

El mundo actual, lleno de confusión sobre el ser humano, sobre la convivencia social y sobre el abuso de la creación, necesita personas que le recuerden con su testimonio que la belleza de la dignidad de la persona humana, creada por Dios como varón y mujer, la hermosura del amor al prójimo como fundamento de la convivencia y la urgencia del respeto a la creación, la casa común de todos. El mundo es bello porque Dios lo creó todo bueno. El pecado manchó y sigue manchando este mundo bueno y bello surgido de las manos de Dios. Las guerras, el terrorismo, las injusticias, la corrupción, la división y el enfrentamiento de personas y pueblos son pruebas de ese pecado que mancha la belleza del mundo. Pero no serán el pecado, el mal y la muerte, es decir, el horror y lo feo lo que alcanzará el triunfo sino la belleza y el amor. Fiódor M. Dostoievski se pregunta en su obra El Idiota “¿Nos salvará la Belleza?” Y el Papa Benedicto XVI apostilla esta afirmación del escritor ruso diciendo que “en la mayoría de los casos se olvida que Dostoievski se refiere aquí a la belleza redentora de Cristo”.

Los cristianos, desde nuestra fe en Cristo muerto y resucitado, respondemos afirmativamente a la pregunta de Dostoievski: Sí, la belleza del rostro de Cristo y cuyo reflejo hoy contemplamos en María salvará a la humanidad de la fealdad del pecado y de la muerte.

Querido Spas: Hoy te presentas ante esta Iglesia que peregrina en Astorga pidiendo ser admitido a las Sagradas Órdenes del diaconado y del presbiterado. Damos gracias a Dios por el regalo de tu vocación. Ahora nos toca a todos cuidarla contigo para que dé fruto abundante. En primer lugar te concierne a ti que la has aceptado y quieres prepararte espiritual e intelectualmente para ser un buen sacerdote. En segundo lugar al Seminario que se alegra contigo y se compromete a acompañarte en el discernimiento y en la madurez de esta incipiente vocación. Y a toda la comunidad que desde hoy te acompaña con la oración para que “el Señor que comenzó en ti la obra buena Él mismo la lleve a término”. Confía en la protección e intercesión de la Virgen y trata de imitar su belleza, reflejo de su santidad.

† Juan Antonio, obispo de Astorga